

en todo lo que ha pasado,
el mundo puso el pecado
y vosotros la ocasion.
La moderna sociedad,
permíteme que te diga,
que la culpa que castiga
con más saña y más crueldad,
y en forma más rica y vária,
en la mujer y en el hombre,
es, Teodora, y no te asombre,
la imprudencia temeraria.

TEODORA. (Volviéndose á Mercedes; pero sin atender á su parlamento.)

¿Y dices que Julian?...

MERCEDES. Sí!

es la mofa de la córte.

Y tú...

TEODORA. De mí... no te importe.

¡Pero Julian!... ¡ay de mí!
¡tan bueno!... tan caballero,
cuando sepa...

MERCEDES. Lo sabrá,
porque ahora mismo estará
hablando con él Severo.

TEODORA. ¡Qué dices!

JULIAN. (Desde dentro.) ¡Basta!

TEODORA. ¡Dios mío!

JULIAN. ¡Que me dejes!

TEODORA. ¡Ay de mí!

Vámonos pronto de aquí...

MERCEDES. (Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)

¡Sí, pronto, que es desvarío!...

(Teodora y Mercedes se dirigen hácia la izquierda.)

TEODORA. (Deteniéndose.)

Pero ¿por qué?... ¡no parece
sino que yo soy culpable!
¡La calumnia miserable
no mancha sólo, envilece!
Es engendro tan maldito,

que contra toda evidencia
se nos mete en la conciencia
con el sabor del delito!

¿Por qué de un necio terror
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha, primer término, D. Julian y detrás D. Severo.)

¡Julian!

¡Teodora!

JULIAN. (Corre á él que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!...

Este es tu puesto de honor.

ESCENA VII.

TEODORA, MERCEDES, JULIAN, SEVERO.—El órden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: Mercedes, Teodora, Julian, Severo, Teodora y Julian formando un grupo: ella en los brazos de él.

JULIAN. Pase por primera vez,
y ¡vive Dios! que es pasar;
pero quien vuelva á manchar
con lágrimas esta tez,

(Señalando á Teodora.)

yo juro, y no juro en vano,
que no pasa, si tal pasa,
los umbrales de esta casa,
ni aún siendo mi propio hermano.

(Pausa. Julian acaricia y consuela á Teodora.)

SEVERO. Repetí lo que la gente
murmura de tí, Julian.

Infamias.

Pues lo serán.

JULIAN.

SEVERO.

JULIAN.

SEVERO.

Lo son.

Pues deja que cuente
lo que todo el mundo sabe.

JULIAN.

SEVERO.

¡Vilezas, mentiras, todo!

Pues repetirlo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926 MONTERREY, MEXICO

32794

JULIAN. No es modo
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)
SEVERO. No tienes razon.
JULIAN. Razon,
y de sobra. Fuera bueno,
que me trajeses el cieno
de la calle á mi salon.
SEVERO. ¡Pues será!
JULIAN. ¡Pues no ha de ser!
SEVERO. ¡Mio es tu nombre!
JULIAN. ¡No más!
SEVERO. ¡Y tu honor!
JULIAN. Piensa que estás
delante de mi mujer. (Pausa.)
SEVERO. (Á Julian en voz baja.)
(¡Si nuestro padre te viera!)
JULIAN. ¡Cómo! .. Severo, ¿qué es esto?
MERCEDES. Silencio, que viene Ernesto.
TEODORA. (Ap.) ¡Qué vergüenza!... ¡si él supiera!...
(Teodora vuelve el rostro y lo inclina: D. Ju-
lian le mira fijamente.)

ESCENA VIII.

TEODORA, MERCEDES, JULIAN, SEVERO, ER-
NESTO, PEPITO: los dos últimos por el foro.—El ór-
den de los personajes es el siguiente, de izquierda á dere-
cha: Mercedes, Pepito, Teodora, D. Julian, Ernesto, Severo.
Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito se separan, aquel
viene al lado de D. Julian, éste al de Teodora.

ERNESTO. (Observando un instante desde el fondo el gru-
po de Teodora y de D. Julian.)
(Ap.) (Ella y él... no es ilusion.
¿Si será lo que temí?...
Lo que á ese imbécil oí...
(Refiriéndose á Pepito, que en este momento
entra.)
No fué suya la invencion.
PEPITO. (Que ha mirado con extrañeza á uno y otro

lado.)
Salud y buen apetito
porque se acerca la hora.
Aquí está el palco, Teodora.
Don Julian...
TEODORA. Gracias, Pepito.
(Tomando el palco maquinalmente.)
ERNESTO. ¿Qué tiene Teodora?
(Á D. Julian en voz baja.)
JULIAN. Nada.
ERNESTO. (Como ántes.) Está pálida y llorosa.
JULIAN. (Sin poder contenerse.)
No te ocupes de mi esposa.
(Pausa. D. Julian y Ernesto cruzan una mirada.)
ERNESTO. (Ap.) ¡Miserables! Fué jornada
completa.)
PEPITO. Loco de atar.
(Á su madre en voz baja señalando á Ernesto.)
Porque le dí cierta broma
con Teodora... toma, toma...
¡que me quería matar!
ERNESTO. (En voz alta; triste pero resuelto y con ademán
noble.)
Don Julian, pensé despacio
en su generosa oferta...
y aunque mi labio no ácierta...
y anda torpe y va reacio...
y aunque conozco que yo
ya de su bondad abuso...
en fin, señor, que rehuso
el puesto que me ofreció.
¿Por qué?
JULIAN.
ERNESTO. Porque soy así:
un poeta, un soñador.
Nunca mi padre, señor,
hizo carrera de mí.
Yo necesito viajar:
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto
como otros, á vegetar.
Espíritu aventurero,

- me voy cual nuevo Colon...
En fin, si tengo razon,
que lo diga don Severo.
- SEVERO. Habla usted como un abismo
de ciencia y como hombre ducho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que pensaba yo lo mismo.
- JULIAN. ¿Conque sientes comezon
de mundos y de viajar?
¿Con que nos quieres dejar?
Y los medios... ¿cuáles son?
- SEVERO. Él... se marcha... á donde sienta
que ha de estar más á su gusto.
Lo demas, para ser justo
ha de correr de tu cuenta. (Á Julian.)
Cuanto quiera.. no concibo
que economice ni un cuarto.
- ERNESTO. (Á Severo.) Ni yo deshonras reparto,
ni yo limosnas recibo. (Pausa.)
Pero, en fin, ello ha de ser,
y como la despedida
fuera triste, que en la vida...
quizá no les vuelva á ver,
es lo mejor que ahora mismo
nos demos un buen abrazo... (Á Julian.)
y rompamos este lazo...
y perdonen mi egoísmo.
(Profundamente conmovido.)
- SEVERO. (Ap.) (Cómo se miran los dos.)
- TEODORA. (Ap.) (¡Qué alma tan hermosa tiene!)
- ERNESTO. Don Julian, ¿qué le detiene?
este es el último adiós.
(Dirigiéndose á D. Julian con los brazos abier-
tos: D. Julian le recibe en los suyos y se abra-
za fuertemente.)
- JULIAN. No: las cosas bien miradas
ni el último, ni el primero:
es el abrazo sincero
de dos personas honradas.
De ese proyecto insensato.
no quiero que hablemos más.

- SEVERO. Pero ¿no se va?
- JULIAN. Jamás.
Yo no mudo á cada rato,
el punto en que me coloco,
ó aquel plan á que me ciño;
por los caprichos de un niño
ó los delirios de un loco.
Y áun fuera mayor mancilla,
el sujetar mis acciones,
á necias murmuraciones
de la muy heroica villa.
- SEVERO. Julian...
- JULIAN. Basta, que la mesa
nos aguarda.
- ERNESTO. ¡Padre mio!...
no puedo.
- JULIAN. Pues yo confío
en que podrás. ¿Ó te pesa
mi autoridad?
- ERNESTO. ¡Por favor!
- JULIAN. Vamos allá, que ya es hora.
Dale tú el brazo á Teodora (Á Ernesto.)
y llévala al comedor.
- ERNESTO. ¡Á Teodora!... (Mirándola y retrocediendo.)
- TEODORA. (Lo mismo.) ¡Ernesto!...
- JULIAN. Sí:
como siempre.
(Movimiento de duda y vacilacion en ambos. Al
fin se acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su
brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos,
violentos. Todo ello queda encomendado á los
actores.)
(Á Pepito.) Y vamos, tú...
el tuyo... ¡por Belcebú!
á tu madre. Y junto á mí
(Pepito da el brazo á Mercedes.)
Severo, mi buen hermano:
(Apoyándose en él un momento.)
y así... en familia comer,
y que rebose el placer
con las copas en la mano!

¿Hay quién murmura? corriente:
 pues que murmure ó que grite:
 á mí se me da un ardiente
 de lo que dice la gente.
 Palacio quisiera ahora
 con paredes de cristal,
 y que á través del fanal
 viesen á Ernesto y Teodora
 los que nos traen entre manos,
 porque entendiesen así
 lo que se me importa á mí
 de calumnias y villanos.
 Cada cual siga su suerte.
 (En este momento aparece un criado con traje
 de etiqueta: de negro y corbata blanca.)
 La comida.

CRiado. Está servida.

(Abre la puerta del comedor: se ve la mesa,
 los sillones, lámpara colgada del techo, etc.,
 en suma, una mesa y un comedor de lujo.)

JULIAN. Pues hagamos por la vida
 que ya barán por nuestra muerte.
 Vamos... (Invitando á que pasen.)

TEODORA. Mercedes...

MERCEDES. Teodora...

TEODORA. Ustedes...

MERCEDES. Pasen ustedes...

TEODORA. No: vé delante, Mercedes.

(Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen
 al comedor lentamente. Teodora y Ernesto que-
 dan todavía inmóviles y como absortos en sus
 pensamientos. Ernesto fija en ella la vista.)

JULIAN. (Ap.) (Él la mira y ella llora.)

(Siguen muy despacio á Mercedes: Teodora va-
 cilante, deteniéndose y enjugando el llanto.)

¿Se hablan bajo? (Á Severo aparte.)

SEVERO. No lo sé,

pero presumo que sí.

JULIAN. ¿Por qué vuelven hácia aquí

(Ernesto y Teodora se han detenido y han
 vuelto la cabeza furtivamente. Despues siguen

andando.)

la vista los dos?... ¿Por qué?

SEVERO.

Ya vas entrando en razon.

JULIAN.

¡Voy entrando en tu locura!

¡Ah! ¡la calumnia es segura:

va derecha al corazon!

(Él y Severo se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.